

EXPOSICION
DEL
PATER—NOSTER,
OPÚSCULO

DEL R. P. FR. DOMINGO CAVALCA DE
VICO-PISANO DE LA ORDEN DE PREDICADORES,

Traducido libremente al castellano y añadido de
algunas consideraciones

Por el

R. P. FR. UGOLINO GORLERI MISIONERO,

hijo de la Provincia Romana, e individuo
del Colejio de San José en la ciudad
Melgarejo.

Segunda Edioion.



COCHABAMBA:—1868.

Tipografía de Gutierrez.

Calle de Ayacucho, número 36.

226.91(84)

El Padre-nuestro

BIBLIOTECA
NACIONAL DE BOLIVIA



PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

La oracion del *Pater-noster*, es la que enseñó Nuestro Señor Jesucristo a los Apóstoles, cuando le pidieron que les enseñase a orar. Fué pues santificada por sus divinos lábios, y sin duda, que es la mas sublime de las oraciones, como aun la mas agradable a Dios, y mas ventajosa y eficaz para nosotros; porque con ella rogamos a Dios con las palabras de su mismo único Hijo, quien, como enseña el Apóstol San Pablo, hecho nuestro Redentor, es al propio tiempo nuestro Sacerdote Sumo, nuestro Abogado, nuestro Mediador, que ruega incesantemente en nosotros y por nosotros.

En esta tan corta oracion, que solo un Dios podia enseñarnos, pedimos a Dios todo lo que necesitamos para la vida presente y para la futura, ya sea con relacion al cuerpo o ya relativamente al alma: y todo esto, ceñido en solo siete peticiones, que son opuestas a los siete vicios capitales, contra los cuales se arma, y de los cuales se libra el alma; y al contrario en ellas se incluyen, y por ellas se alcanzan los siete dones del Espiritu Santo, que nos conducen a las siete Bienaventuranzas, segun las enseña nuestro Salvador Jesucristo en su Evangelio por San Mateo.

Esta sublime y mui eficaz oracion es la que vamos a esponer, traduciendo libremente

ion, que de ella hizo en italiana P. Fray Domingo Cavalca, célebre escritor, y autor clásico de la lengua italiana del XIV siglo, y recién publicada en Roma, por primera vez en 1846, con aprobacion de la autoridad eclesiástica. Una que otra reflexion hemos añadido, cuasi como para esplayar el mismo pensamiento del autor.

Muchos y mui afamados Teólogos y Expositores han explicado larga, docta y devotamente esta oracion, la primera de nuestra Santa Religión: mas se encontrará difícilmente alguna otra, que mantenga un orden tan armónico, una claridad y sencillez tan sublime, una multitud de cosas tan preciosas para nuestro pobre corazon, y juntamente una facilidad tan grande en explicarlas, como esta. El Autor no se entretiene en largas disertaciones, en sutilezas escolásticas, en discursos profundos todo lo cual si es bueno, y aun necesario para el eclesiástico que debe dedicarse al estudio de la Sagrada Teología y Santa Escritura, es una lectura cansada y poco útil para el pueblo, que o no tiene tiempo, o alcanza para detenerse en semejantes cosas. Al contrario, el pueblo ec-sije una enseñanza jugosa, sencilla y breve para cursarla con facilidad, y aprenderla sin fastidio. Tal es la exposicion del P. Cavalca, puesta al alcance hasta de los niños, y estendida dogmáticamente: así consigue decir muchas verdades, y decirlas con orden, con claridad y con facilidad. En ella pues los maestros de escuela, los padres y las madres

de familia hallarán largo campo a
mentos y advertencias para que los niños em-
piezen desde chicos a formarse una alta idea
de la sublime armonía de la relijion, reciban
en su tierno corazon, y en su imaginacion
vírjen una impresion agradable y duradera,
y así aprendan con gusto y rezen con devo-
cion. Este es el fin de la traduccion que o-
frecemos, y esperamos del débil trabajo un
resultado ventajoso.

Fr. Ugolino Gorleri.
Misionero Apostólico.



ILLMO. SEÑOR.

Pide permiso para ha-
cer imprimir los trabajos
adjuntos, y la concesion
de algunas induljencias a
su lectura.

El ciudadano Martin Urquidi, con el de-
bido respeto ante US. Illma. digo: que debo
a la amistad y complacencia con que me hon-
ra el Misionero Apostólico, Reverendo Pa-
dre Frai Ugolino Gorleri, esos preciosos tra-
bajos sobre nuestras doctrinas relijiosas, cuyo
conocimiento y propagacion, creo yo, intere-
zan a la sociedad toda.

Deseoso de concurrir por mi parte a este
importante objeto, que considero como un

o deber de todos los fieles—

A US. Illma. ocurro suplicando, para que si estima su ilustracion conveniente y útil la impresion de los mencionados testos, me permita darlos a la prensa, concediendo para su lectura algunas induljencias a fin de estimular mas la piedad de los cristianos.

Cochabamba, Mayo 6 de 1862.

Martin Urquidi.

Palacio Episcopal en Cochabamba, a 6 de Mayo de 1862.—Hallándose conforme a la doctrina Católica el adjunto opúsculo y siendo de utilidad para los fieles devotos, concédese la licencia necesaria para su impresion; y a las personas que se contrajeren a leerlo con mucha meditacion se concede cuarenta dias de induljencia.—Rejístrese.

El Obispo.

D. O. de S. S. Illma.—Gutierrez.—
Pro-Secretario.

EXPOSICION DEL PADRE NUESTRO.

*En el nombre de Dios, y de la Santísima
Trinidad.*

Empieza la exposicion del *Padre nuestro*, oracion que contiene siete peticiones, que son contra los siete vicios, comunmente dichos pecados capitales, para librar de ellos a nuestras almas, y con las que se piden y alcanzan los siete dones del Espiritu Santo, que conducen a las siete Binaventuranzas del Evangelio, por las que merecemos siete premios, o sea siete grados de gloria en la vida eterna. Amen.

PRIMERA PETICION.

*Padre nuestro, que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.*

Las primeras palabras:—*Padre nuestro que estás en los cielos*,—son como la introduccion, o el prólogo de la oracion; y contienen la invocacion mas tierna y sublime que podemos hacer a aquel, a quien dirigimos nuestra oracion. Empezamos por declarar que acudimos a Dios, que a El dirigimos nuestra palabra; y aunque El es aquel Dios su-

anito, omnipotente, inaccesible a nuestras pasiones, porque habita en la sublimidad de los cielos; no obstante El no es ya para con nosotros aquel Dios terrible de los antiguos pueblos, ni el Dios de los ejércitos, y de las venganzas de los judíos, El es nuestro Padre—*Padre nuestro*.—Con esta invocación el Salvador divino aviva nuestra confianza, y quiere despojarnos de nuestros encojimientos y temores, ¿qué temer ya, cuando recurrimos al *Padre nuestro*?

Empero, debemos limpiar aun nuestro corazón de todo ódio, rencor, o aversión hacia nuestro prójimo; porque la persona a quien tuviésemos mala voluntad, no es ya persona extraña, sino que es nuestro hermano e hijo de Dios. Puesto que todos los hombres tienen el deber y el derecho de decir—*Padre nuestro, que estás en los cielos*,—luego todos somos hermanos, pues todos somos hijos del mismo *Padre*. Y quién será tan osado, que teniendo mala voluntad hacia el hijo, se presente a pedir gracia y favor del Padre?

Ademas debemos desprenderlo aun de todo lo terreno y elevarlo sobre todo lo mezquino de esta miserable tierra; porque nuestro Padre *está en los cielos*. Desde allá arriba nos oye, allá arriba nos llama, y nos espera, porque para que vayamos allá arriba nos ha criado. ¿Y qué otra cosa desea el *Padre* sino estar dichosamente con sus hijos dichosos? ¿Y qué dicha más grande para los hijos, que ser dichosos, todos juntos con el dichoso Padre? Padre nuestro, pues, que es-

tás en los cielos, óyenos: nosotros te...
mos que—sea santificado tu santo nombre.—

Aquí empieza la oracion, y esta es precisamente la primera peticion:—*santificado sea tu nombre.*—Como si dijéramos: Padre nuestro, que estás en los cielos, es tanto el amor que nos arrebatá hácia tí, y el gozo de nuestro espíritu pensando en tu grandeza y santidad, que es de toda satisfaccion nuestra pedir primero la exaltacion de tu santo nombre, que nuestro interés: santificado sea pues en todos y por todos este tu santo nombre. Nobstante, como tú eres nuestro buen Padre, y nosotros somos tus hijos; como tú eres nuestro amable Señor, y nosotros somos tus criados; así te rogamos que especialmente en nosotros sea santificado tu nombre, a fin de que nosotros seamos siempre para contigo buenos hijos, y obedientes criados, como tú eres siempre para con nosotros buen Padre, y amable Señor.

Con esta peticion se arroja de nuestra alma a la *soberbia*, porque el soberbio no quiere reconocer a nadie sobre sí, ni Padre, y menos Señor; y arrojada la soberbia entra inmediatamente en el alma un don del Espíritu Santo, que se llama—*el don del temor de Dios*;—porque el hombre que reconoce y confiesa, ser Dios, su Padre y Señor, sin duda que, amándolo teme disgustarlo, y temiéndole se guarda cuidadosamente de hacerlo que no es de su agrado.

De este santo temor pues nace una Bienaventuranza, que es—*pobreza de espíritu*,—

el nombre que hace aquella petición declara, que ama ser voluntariamente pobre por amor de Dios, o al menos no desea tener riquezas, ni se afeciona a ellas, si algunas tiene. Porque considerando que las riquezas del mundo son peligrosas, a quien las posée, así teme tenerlas, y mucho mas desearlas, o afecionarse a ellas. Al contrario, pone todo su anhelo en asemejarse al bendito Jesucristo, que siendo riquísimo con su Padre en el cielo, quiso bajar de él, y hacerse pobre por nosotros en este mundo; y así esta bienaventurada y santa pobreza nos guía a las riquezas de la vida eterna. Esto es lo que nos enseñó Jesucristo en su Evangelio por San Mateo cuando dice:—Bienaventurados los pobres de espíritu,—esto es, por su voluntad,—porque de ellos es el reino de los cielos.—

SEGUNDA PETICION.

Venga tu reino.

Aun en esta petición pedimos la glorificación y el honor de Dios, pues que es de su gloria y honor, que El reine sobre todos; como si dijéramos: Padre nuestro, puesto que todos somos tus hijos, como tú de todos eres el buen Padre nuestro; así yo deseo y te pido que todos sin escluir ni uno solo pertenezcamos a tu santo reino de la verdad, a tu reino de la gracia, y en fin a tu reino de la gloria. Mas aun: como tú eres Dios solo

sin igual ni competidor, así; también pido que venga pronto, que se apresure a traer a aquel tu reino, en que reinarás en suma gloria sin adversario, y tú solo serás Dios y Señor, y todo en todos.

Relativamente a lo cual todo cristiano debe saber, que el reino de Dios, el cual pedimos con las sobredichas palabras es: 1^o el de la verdadera doctrina, y la fé sincera sin mezcla de error, o sea de nuestra Madre la Santa Iglesia: 2^o es el de la divina gracia: 3^o es el de la eterna gloria. En esos tres modos, dice San Buenaventura: “los Apóstoles fueron enviados por el Salvador divino a predicar el reino de Dios,” como se lee en el Evangelio de San Lucas. En esta petición pues rogamos, que en esos tres modos venga el reino de Dios: esto es, que a todos los hombres, y a todas las naciones se estienda el reino de la verdadera doctrina y fé sincera, o sea la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana; pues que ella es la única que conserva y enseña la verdadera doctrina, como mantiene y establece la fé sincera sin mezcla de ningún error. En este sentido pedimos que se cumpla lo mas pronto posible el deseo y la profecía de Jesucristo cuando decia en su Santo Evangelio por San Juan—tambien tengo otras ovejas, que no son de este aprisco: las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño, y un solo pastor—[San Juan 16. v. 16.]; y de este modo Dios reine sobre todos, no solo como

, sino aun mucho mas como Redentor. Ademas pedimos que a todos se estienda el reino de la divina gracia, que será cuando todos los hombres recibidos los sacramentos instituidos por el Redentor Cristo Jesus, observen los divinos preceptos, y cumplan con los respectivos deberes; y en fin, que todos pertenezcamos al reino de la eterna gloria; porque la eterna gloria está prometida a los que observan los mandamientos, y mueren en gracia.

No obstante a mas de estos tres reinos, hai otro aun, el cual pedimos tambien que venga, y que se apresure, en esta peticion: y este es el reino de la eternidad despues del juicio universal. Ese será el reino de Dios el mas perfecto (A-Lapide), pues que entonces vencido el diablo, y el pecado, y la muerte, y destruido, anonadado su reino, en el cual al presente hacen guerra a Dios con sus malas obras; Dios solamente reinará sobre todo, y sobre todos: reinará sobre los buenos por la gracia y la gloria, y reinará tambien sobre los malos por la justicia y el castigo eterno.

Esta peticion es contraria a la *envidia*, y por ella de la envidia el alma se despoja, porque el hombre envidioso no quiere ni desea que venga bien a su prójimo, y al contrario quiere y desea que le sucedan males. Mas arrojada la envidia, nuestra alma adquiere un don del Espíritu Santo, que se llama—*el don de la piedad*;—porque el hombre piadoso no solo no tiene envidia, ni sien-

te pesar del bien del prójimo; mas contrario le desea todos los bienes, y en cuanto puede se los proporciona, se los desea, y le ayuda a conseguirlos, como hace en esta oracion pidiéndoselos de Dios.

De este don de la piedad nace una Bienaventuranza, que se llama mansedumbre, que nos hace herederos de la vida eterna; y por esto nuestro Divino Salvador Jesucristo en el Evangelio de San Mateo dice:—Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra,—esto es, poseerán en esta vida la tierra en comun con sus hermanos por el don de la piedad, y poseerán por la caridad la tierra de promision en el reino de la gloria, en el Paraiso. Amen.

TERCERA PETICON.

Hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra.

Esta tercera peticion tambien mira al honor de Dios, y a la gloria de su reino, pues que cuanto mas universalmente se cumple la voluntad de Dios, mas se estiende su reino, porque son en mayor número los que se sujetan voluntariamente a él. En verdad: es este el sumo honor de Dios, el inmenso dominio, y lo infinito de su reino, que todos y todas las cosas se sometán a su divina voluntad, y la cumplan en todo: por eso nada menos pedimos, que todos los hombres hagan y cumplan en la tierra su santísima

en el mismo modo que la hacen y
tormentados todos los ángeles en el cielo.

Esta petición pues abarca desde el primer paso de la vida cristiana hasta el mas alto grado de la perfeccion; y así conviene a todos los hombres indistinta y jeneralmente, tanto a los jentiles, como a los herejes sistmáticos y católicos. Pues que la primera y principal voluntad de Dios, es la que él nos manifiesta por medio de su santo Evangelio y de los preceptos contenidos en él. En este concepto Dios manifestó su voluntad, que todos los idólatras, herejes y sistmáticos, luego que de parte de Dios se les predica y anuncia el misterio de la cruz, y el de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, dejen sus errores y sus vicios, y entren en el rebaño de Jesucristo, a cuyo nombre doblan las rodillas, como dice San Pablo, los celestes, terrestres e infernales. Segun eso, decía tambien de sí propio el Salvador Jesus, — (Joan. c. 6. v. 38. et seq.) descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. I esta es la voluntad del Padre, que me envió que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último dia. I la voluntad de mi Padre que me envió es esta: que todo aquel que vé al Hijo; y crée en Él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último dia. Y esta es la vida eterna [idem. 17. v. 3.]: que te conozcan a tí, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste. —

Purificados pues y limpiados de la mancha moral, que contraieron en la generación carnal por la regeneración espiritual del santo Bautismo, y santificada y signada su frente con el signo triunfador de la cruz de Cristo, y unidos con el santo crisma, entran desde luego en la posesión de la verdadera libertad de los hijos de Dios; ya no admiten otro Señor que a Dios, y aquel que por la legitimidad de su autoridad, y por la santidad de sus leyes, les habla y manda en nombre de Dios. De tal suerte que el cristiano, obedeciendo las leyes de una autoridad terrena, pueda racionalmente persuadirse que hace la voluntad de Dios, y pueda repetir—hágase tu voluntad como en el cielo, así también en la tierra.—Sino responderá a quien le amenaza o carga de grillos, como los primeros cristianos.—*No nos es lícito—non licet*, no nos es lícito obedecer a vos traspasando los preceptos de Dios: o si el tirano replica, replicará también el cristiano:—si sea justo y racional obedecer primero a vos, que a Dios; vos mismo juzgado, y saldrá alegre y lleno de gozo de la presencia del tribunal, porque fué juzgado digno de padecer contumelia por el nombre del Salvador Jesucristo (Act. 5.).

Mas entre tanto él cumple la voluntad de Dios, observando los preceptos de su decálogo, y aquellos, que en nombre de Jesucristo le dictára su Vicario en la tierra el Romano Pontífice, por el mas fácil y exacto cumplimiento de los divinos, y se sujeta

te a la autoridad terrena aun
 no cümpla sus leyes, sino en cuan-
 to que son la espresion de la voluntad di-
 vina. Rechaza el capricho y la arbitrarie-
 dad, mas no rechaza la justicia, ni desco-
 noce la autoridad: conoce lo que debe hacer,
 y todo lo santifica, observándolo por una ra-
 zon mas alta, que es, para hacer la volun-
 tad de Dios. Por eso, decia S. Pablo—la vo-
 luntad de Dios es nuestra santificacion,—no
 solo en cuanto que nos ha criado para ser
 santos; mas aun porque nos manifestó su
 voluntad en sus preceptos, que son los úni-
 cos medios para llegar a serlos.

Empero, este no es mas que el primer paso
 necesario e indispensable de la vida cristia-
 na, y hemos dicho que esta peticion abarca
 hasta el mas alto grado de la perfeccion. En
 efecto: dice que—se haga en la tierra la vo-
 luntad de Dios, como la hacen los ángeles
 en el cielo.—Los ángeles la hacen con pron-
 titud, con exactitud, con alegria, y jeneral-
 mente en todas las cosas. Con que tambien
 los hombres en la tierra debemos hacerla
 con prontitud, sin demora ni flojera, debe-
 mos hacerla con exactitud sin dejar ni ser-
 cenar parte alguna a la obra mandada, o
 resignándonos a ella porque es permitida de
 Dios; en fin, debemos hacerla con alegria y
 universalmente en todas las cosas aunque, o
 ya no sepamos esplicárnoslas, porque Dios
 no está obligado a darnos razon del cómo
 gobierna con su divina Providencia a noso-
 tros y al mundo entero, o ya nos sean ad-

versas, dolorosas, o perjudiciales
 reses terrenas; repitiendo en todo y
 con el santo Job,—sé que santo y justo es
 el Señor, y que no podrá el hombre respon-
 der en su juicio de las mil cosas ni una
 sola,.....el Señor me dió esos bienes, el
 Señor me los quitó, que sea para siempre
 bendito su santo nombre:.....lo que es jus-
 to en sus divinos ojos, ha hecho siempre.—

De tal modo resignada el alma, se libra
 de la ira, la cual perturba y ofuzca el en-
 tendimiento, y no le permite conocer cual
 sea la voluntad y el gusto de Dios. Arro-
 jada la ira entra en ella un don del Espí-
 ritu Santo, que se llama—el don de la cien-
 cia;—porque el hombre que juzga sana y
 rectamente de las cosas que Dios hace, o
 permite, por nada se deja llevar de la ira;
 mas vive pacíficamente en todas las cosas,
 y con cuantos tiene trato o relaciones.

De este don de la ciencia pues nace una
 Bienaventuranza, que se llama—llanto—por-
 que la mejor ciencia que en esta vida pue-
 de tener el hombre, es la de saber llorar sus
 pecados, y ese llanto nos conduce al consue-
 lo de la vida eterna. Por eso Jesucristo en
 el Evangelio de San Mateo dice—Bienaven-
 turados los que lloran—sus pecados en esta
 vida,—porque ellos serán consolados—en la
 vida eterna.—

.....

CUARTA PETICION.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy.

Es esta la primera peticion, lo mismo que en las tres siguientes, dicen los expositores [Hugo, y A-Lápide) en que el Salvador divino nos enseña a rogar directamente por nosotros; porque en las tres que anteceden, nos enseñó a pedir, como ya dijimos, directa e inmediatamente el honor y la gloria de Dios, y solo indirectamente por nosotros: por eso decimos—santificado sea tu nombre—venga tu reino,—hágase tu voluntad.—Sin duda, que indirectamente esto mismo pedimos por nosotros, como lo pedimos por los demas; empero en esta cuarta peticion ya somos nosotros, que por nosotros directamente pedimos, y es tan grande esta peticion que bien merece nos detengamos a explicarla para entenderla, y hacerla con la debida devocion y confianza.

Decimos pues primeramente—*el pan nuestro*—Nótese que bajo el nombre de *pan* se entiende todo lo necesario al cuerpo, esto es: alimento, vestido y salud, porque el alimento y vestido nos pueda ser útil, para servir a Dios. Pero este *pan* si bien lo pedimos a Dios cada dia, porque Dios cada dia debe darnosle, como cada dia lo necesitamos; sin embargo debe ser *nuestro*:—*el pan nuestro*:—porque debemos ganárnosle con nuestro trabajo, cumpliendo fielmente las o-

bligaciones de nuestro estado y empleo. Es un buen seguro que al ladrón no se lo dá Dios el pan, sino el diablo: y quien tiene voluntad de robar, o espera la primera ocasion para saquear casas o almacenes ajenos, y entre tanto reza esta divina oracion, insulta a Dios, quien prohíbe el hurto y mas el saqueo, y lo castiga terriblemente. Mas aun, todo majistrado o sacerdote o secular, que no cumple con las obligaciones de su estado y oficio o ministerio no pide, ni come *el pan nuestro*, sino lo *ajeno*. El primer precepto que Dios impuso al hombre despues del pecado, fué que a fuerza del sudor de su frente debiese ganarse el pan de cada dia; y nobstante somos tan infelices que si Dios no nos dá este pan, echando su bendicion a nuestro trabajo, recojeremos espinas y abrojos en vez de trigo. Pero cuanto infelices por nuestra naturaleza, otro tanto y mas dichosos y afortunados por la gracia del Salvador, tenemos un Padre que está en los cielos, y El no omite nunca darnos el pan de cada dia, cuando este pan es *nuestro*, esto es, cuando lo ganamos con nuestro trabajo y con el cumplimiento de nuestras obligaciones, y cuando con confianza y fé se lo pedimos.

Ademas, este pan nuestro aunque es de cada dia, porque cada dia lo necesitamos, nobstante lo pedimos para hoi dia no mas—*dánosle hoi*;—porque debemos evitar el apego y el demasiado cuidado y sôlicitud de juntar pan, que solo servirá en otros dias,

¿dónde no sabemos, si llegaremos. Son bastantes a un día sus cuidados, decia el Salvador, sin amontonar en un solo día los cuidados que pertenecerán a otros, si es que vivamos. No debeis pues ser solícitos, concluye nuestro adorable Salvador, diciendo: qué comeremos, o qué nos vestiremos: sabe muy bien vuestro Padre, que está en los cielos, que necesitais de estas cosas. Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia. Sin duda que es extraño y repugnante, decia San Cipriano, que el cristiano busque el pan de muchos días, como si deseara vivir largamente, mientras pide que el reino de Dios venga pronto. Sin embargo con esto no se prohíbe; al contrario con esto mismo se encomienda la prudente solicitud de conservar lo adquirido, sin perjuicio de la caridad, y menos se insinua el ocio o la disipacion de los bienes ganados con el trabajo, o de aquellos que algunas veces Dios concede a los que llamamos ricos, y que en la doctrina del Evangelio no son mas que depositarios de los bienes, que en nombre de Dios deben repartir con prudente mensura a sus hermanos necesitados: son mayordomos, que administran en nombre de Dios, pero no a favor de Dios: Dios no necesita de nosotros ni de nuestras cosas, sino a favor de los pobres: por eso Dios les intima—lo que sobra, dadlo a los pobres.—

Mas el hombre no vive de solo pan, dice el Salvador, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. En consecuencia

conviene los Santos Padres y que en esta petición rogamos ser alimentados no solamente con el pan material, mas aun con el pan espiritual, alimento del alma, que es la divina palabra, enseñando la sana doctrina, anunciada y predicada por sabios, prudentes y celosos sacerdotes. Conforme a esto decía el mismo Salvador Jesus— mucha es la mies, pero son pocos los buenos obreros; rogad pues al dueño de la mies; porque envíe obreros en su mies.—

En fin, pedimos aun el pan celestial, que es la Eucaristía, en la que se contiene el verdadero cuerpo, y la preciosísima sangre de nuestro adorable Redentor, de lo que hablando decía—Yo soy el pan vivo, que bajé del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá vida eterna.—Pidiendo pues el *pan nuestro de cada día*, pedimos que Dios nos mantenga y conserve en su gracia, para que seamos dignos de recibir cada día la santísima comunión; por esto cada día rogamos—*dánosle hoy*.—Vean pues cuanto se engañan los que reprueban las frecuentes comuniones! Reprueben, condenen los desórdenes, las malas disposiciones, los sacrilegios; estamos con ellos, los reprobamos y condenamos. Cuiden y miren bien los confesores, a quien dan el pan de los ángeles: no sea que echen las margaritas a los puercos; segun el lenguaje del Evangelio; no crean a todo espíritu, mas examinen bien, a quien hacen participantes del cuerpo y de la sangre de Cristo-Jesus, concorpóreos, dice S. Cirilo, de Jesus; por-

men: come indignamente de este pan del Cielo verdadero, su propia sentencia, se come; afirma S. Pablo; mas siempre será un temerario quien se atreve a reprobar el hecho de las comuniones frecuentes, solamente por el mero hecho de comulgar. A este propósito decia S. Ambrosio:—Si la Eucaristía es el pan de cada dia, como lo pedimos en la oracion dominical, ¿por qué lo recibirás solamente una vez al año? Arregla de tal suerte tu vida que seas digno de recibirlo cada dia.—Empero, por este arreglo de la vida no se entienda una santidad consumada y perfecta, ni una virtud heróica. Los santos están en el Cielo, los que vivimos en la tierra trabajamos para hacernos santos; y el pan Eucarístico es el alimento mas sustancioso, y el mas a propósito para que se efectúe nuestro deseo de llegar a ser santos, una conducta de vida aunque con imperfecciones, pero regularmente esenta de pecado mortal, prévia la confesion sacramental, es *de ordinario* suficiente disposicion a la frecuente Comunión.

Mas esto no conseguirán los perezosos, cuya propiedad es, que nada se les dá de cualquier obra buena; por lo que con esta petición se arroja del alma la *pereza*. El perezoso, dice el Espíritu Santo, quiere y no quiere al mismo tiempo: concibe muchos deseos, y muere de hambre, porque no los ejecuta. El no tiene derecho al *pan de cada dia*, él no puede decir el *pan nuestro*, ni Dios se lo dá. Se molesta, y le pesa de

hacer o decir cosa buena y útil, fastidia escuchando alabar, y mucho más cargándosele alguna obra buena. Quien quiere y pide, pues, el *pan nuestro de cada día*, arroje de sí la pereza. Pero librada el alma de este pésimo vicio de la pereza, es enriquecida de un don del Espíritu Santo, que se llama—El don de fortaleza—Pues que robustecido el cuerpo con el alimento necesario, y el alma con la virtud de la divina palabra, y mucho más con la gracia de la santísima Comunión, todo el hombre se halla dispuesto a obrar el bien con prontitud, constancia y resolución.

Por lo que este don de fortaleza enjendra en el alma aquel vehemente deseo, aquel anhelo iacesante de todo bien, que es la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed de la justicia, esto es, de ser santos; y así se sienten como devorados de una hambre y sed de obrar, de hacer bien, de ser santos, que antes se dejarán arrastrar al suplicio y a la muerte, mas no abandonarán la justicia. Tal firmeza no puede carecer de su premio, y así esta bienaventuranza conduce a la saciedad de la vida eterna, como lo promete nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de S. Mateo, diciendo—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados en la vida eterna.—

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Hasta aquí en las peticiones antecedentes hemos rogado para alcanzar bienes positivos, ahora comenzamos a rogar para ser librados de los males, y en esta quinta peticion rogamos ser librados del mal de la culpa ya cometida; como si dijéramos: Padre nuestro santísimo y misericordiosísimo! nosotros sabemos que aberreces y detestas infinita e inmensamente los pecados, y a pesar de esto nosotros hemos pecado: hemos incurrido en tu odio y aborrecimiento a causa de nuestros pecados. Empero los detestamos por lo mismo que tú los detestas, y nos pesa infinito de haber incurrido en tu ódio; te rogamos pues, que nos perdones los pecados que contra tí hemos cometido; así como tambien nosotros perdonamos a aquellos, que nos han ofendido. En efecto: nosotros somos unos deudores, y deudores insolventes delante de Dios: mas este grande Dios, que no necesita de nosotros para ser infinitamente dichoso, ni para nada, es tan bondadoso que se ha constituido en *Padre nuestro*, y como tal tiene hijos, los cuales quizas han contraido deudas con nosotros. Pues bien: si nosotros no podemos pagar las deudas que tenemos delante de Dios, le pagaremos perdonando a lo menos a sus hijos: quien paga al hijo lejitimamente autorizado, paga

al mismo padre. Empero ¡oh trina del Nazareno Jesus! ¡oh única trina consoladora del hombre culpable, Rea-
 jion santísima de aquel, que siendo Dios de bondad inmensa, se hizo hombre, y fué crucificado por nosotros pecadores!!! Pues que son infinitas las deudas que tenemos para con la Majestad divina de nuestro Dios, ni le podemos pagar uno por mil de lo que le debemos: son pequeños y cuasi de ninguna consideracion las deudas que sus hijos tienen con nosotros; apenas pueden calcularse como diez mil talentos a cien denarios [S. Mateo cap. 18.—El talento hebreo valia mas de 1583 pesos duros y el denario poco mas de un real.—Amat]; y sin embargo, Dios nos perdona todas nuestras inmensas deudas, si nosotros perdonamos las que nos deben sus hijos y nuestros hermanos, aunque muy pequeñas. Hé aquí cómo Jesus establece, cria y alimenta en nosotros la mas firme esperanza de conseguir el perdon de nuestros pecados; mas aun: hé aquí la muy poderosa razon, y la absoluta necesidad de perdonar a nuestros hermanos, si en algo nos hubiesen agraviado u ofendido: porque—perdonad, decia Jesus, y se os perdonará..... Mas del mismo modo se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada cual no perdonára de corazon a su hermano.—

Con esta peticion se vence el vicio de la *avaricia*; porque el hombre avaro no es capaz ni de hacer el bien por las obras de misericordia, ni de perdonar de corazon. Mas

da el alma de este vicio, Dios un don del Espíritu Santo, que es el don de consejo;—porque uno de los principales y mas importantes consejos que Dios nos dá, es el de ser, por amor suyo, liberales y jenerosos para con nuestros hermanos pobres, dividiendo con ellos los bienes que tenemos, y perdonándoles de corazón en todo lo que nos hayan agraviado u ofendido.

Este don, pues, de consejo trae sobre el alma una Bienaventuranza, que es—*Bienaventurados los misericordiosos*;—porque quien pone en obra el consejo de Dios, será sin duda misericordioso, y perdonará por amor de Dios, a quien le ha ofendido; y Dios se compromete con su infalible palabra de usar misericordia, a quien la usa, y de perdonar a quien perdona; como nos enseña en esta petición de la oracion Dominical, y como afirma Jesucristo en el Evangelio de S. Mateo, diciendo—*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*—

SESTA PETICION.

No nos dejes caer en tentación.

Despues que el Salvador divino há levantado al hombre de su bajeza y envilecimiento, insinuándole la sublime nobleza de su oríjen por ser hijo de Dios, a quien con toda confianza llama—*Padre nuestro*,—y la elevacion de su mision sobre la tierra, reducida a que

sea santificado por él el nombre de Dios, cumpliendo en la tierra la voluntad divina, y perteneciendo a su reino de verdad y de gracia; con lo que le muestra aun el glorioso destino, que le espera en la eternidad, en donde pertenecerá a su reino de gloria, y cumplirá la misma divina voluntad asociado a los coros de los ángeles y de los arcángeles, a cuya consecucion no serán siquiera obstáculo los propios pecados, porque Dios se los perdonará, si él perdona; en la presente petición quiere evitar el desborde de esta noble pasión concebida por la nobleza de su origen, por la elevacion de su mision, y por la gloria de su destino, y hace conocer que todo esto no ha de servir para fomentar el orgullo, y la soberbia, sino para ser mas humilde. A tal fin pone presente la idea de la propia debilidad a pesar de tantos dones de Dios y quiere que vele sobre sí mismo, porque si a sí mismo se entrega y abandona, no podrá evitar que tambien a sí mismo envilezca y rebaje, cayendo miserablemente en las mas torpes tentaciones. Por eso enseña a pedir el socorro y la gracia divina para no caer, como si dijese: Tambien te rogamos, o Señor y Padre nuestro, que conserves la obra de tus manos, y puesto que nos das esperanza de ser libres de la culpa pasada, líbranos aun mas de la culpa futura, y no permitas que caigamos en tentacion alguna; pues son tantas las que nos cercan, y tanta es nuestra debilidad e inconstancia, que si tú nos dejas por un momento solo, caeremos sin reme-

nos alejes pues caer en tentacion. Según eso decia hermosa y sábiamente S. Pedro Crisólogo—De la tentacion corre al encuentro, quien de la oracion se aleja.—Nobstante, Dios permite nuestras tentaciones, dice el expositor cardenal Hugo, no para probar nuestra debilidad, sino nuestra voluntad; pues que si conociendo por nosotros mismos nuestra debilidad, nos humillamos en ella, y acudimos con confianza a su bondad paternal, El está pronto a concedernos la gracia para que no caigamos.

Es pues principalmente la virtud de la humildad, que nos enseña a practicar en esta peticion el Salvador divino, porque la soberbia fué el primer pecado que se cometi6 sobre la tierra; nobstante como aquel pecado se cumpli6 con la obra exterior de la gula, cuando nuestros primeros Padres comieron del fruto del árbol prohibido; así del *vicio de la gula* principalmente nos libra. Mas contenido este apetito desordenado de la gula, se nos comunica un don del Espíritu Santo, llamado—El don del entendimiento,—porque el entendimiento agravado de la crápula, y la demasía de las comidas y bebidas corporales, jamas será apto para atender, y menos para aprender cosas altas, y apreciar las dulzuras de los alimentos espirituales, que prepara la Sabiduría divina a los que se entretienen con ella; mas al contrario dispuesto y despejado el entendimiento por la templanza debida, es fácil y naturalmente llevado y conducido a saciarse en la

contemplación de las cosas divinas
tiales.

Por lo que de este don del entendimiento nace la Bienaventuranza de los limpios y puros de corazón; porque el entendimiento que se huelga en los placeres y deleites espirituales, que llenan el corazón, en contemplando las verdades y bienes eternos; así eleva al hombre, y lo hace de tal suerte superior a la carne, que le asquean sus deleites impuros y sucios. Justamente pues esta bienaventuranza dispone y conduce a la visión de Dios, que es purísimo espíritu; porque así como a quien se envilece y empueca en las carnalidades, se le oscurece el entendimiento de tal manera, que S. Pablo le llamó—*hombre-bestia*—incapaz de percibir las cosas espirituales; así al hombre puro y limpio de corazón se le esclarece; percibe lo espiritual y lo aprecia, y apreciándolo lo ama, y amándolo desea poseerlo en la beatífica visión de Dios. Lo que nos promete y asegura nuestro adorable Salvador Jesucristo en su santo Evangelio por S. Mateo, diciendo—Bienaventurados los limpios y puros de corazón; porque ellos verán a Dios—en la vida eterna.—

SETIMA PETICON.

Mas libranos de mal.

Esta petición, en la que rogamos ser librados *de mal*, indefinitivamente, debe en-

que es absolutamente mal. El Salvador no nos enseñó, que pidiésemos ser librados de *todo mal*, ni de *todos los males*, y ni siquiera de *los malos* hombres; porque los hombres no son absolutamente malos, aunque hacen muchos males, mientras puedan convertirse y volver a ser buenos; así es, que se nos manda amarlos en Dios y por Dios. Los demas males de la vida tampoco son males absolutamente, mas solo respectivamente a nosotros, porque nos afligen y hacen padecer; empero, ellos ejercitan nuestra paciencia, afinan la humildad, prueban la constancia, y en todo hacen resplandecer la bondad de Dios y la fuerza de su gracia. Mas hai un mal absoluto, y de este pedimos ser libres: tal es primeramente el demonio, que quiere esclavizarnos con los vicios, y en esta peticion rogamus ser librados de sus engaños y asechanzas, de su poder y esclavitud. Otro mal es aquel a que nos induce el demonio, y es el mal de la culpa, o sea el pecado, y el castigo que por él merecemos. El pecado pues es verdadera y absolutamente mal, y de tal suerte, que puede decirse, que el pecado es *todos los males*; porque todos los males han venido al mundo por el pecado, y nos atormentan por causa del pecado. No precisamente bajo el punto de vista que todo hombre haya merecido el mal que padece: este fué el error de los falsos amigos del Santo Job, a quienes él refutó, y cuyo ejemplo demuestra, cómo muchas veces los justos son

atormentados, no por lo que hayamos hecho, sino por lo que sean probados; no obstante, es cierto, que ni los justos necesitarian ser probados de esa manera, si el pecado no hubiese corrompido nuestra naturaleza; y a pesar de esto son muchos mas aun los males que sufrimos, porque nos los hemos causado con nuestros vicios, estravíos y pecados. El pecado mortal, es sin duda llamado *mortal*, porque dá la muerte al alma; y sin embargo oh cuántas veces dá también la muerte al cuerpo! En concepto de grandes observadores de la naturaleza humana, las enfermedades y muertes causadas por el pecado, son sin comparacion en mayor número de las que provienen de causas naturales. Luego con mucha razon Doña Blanca madre de S. Luis IX Rey de Francia, le repetia a menudo—Hijo mio mui amado! preferiria mil veces verte muerto, antes que verte en pecado mortal.—Repitamos pues tambien nosotros a nuestro Padre que está en los cielos—Padre nuestro.....líbranos de mal.—

Mas entre todos los vicios, el que hace mas estragos en la mísera humanidad, el que todos sentimos, y que nos presenta continuos y récios combates, es la concupiscencia de la carne, o sea la lujuria. Los demas vicios acometen ya a una persona u otra, ya a un estado, o condicion, u otra, de suerte que quasi parece que tales o cuales vicios sean propios de una condicion, o de un estado; mas la carne todos la llevamos con nosotros

llevamos con su concupiscencia en la lujuria, como un efecto del pecado original, que a pesar nuestro somos constreñidos a confesar, que contrajimos. Según eso, el vicio de que principalmente rogamos ser librados con esta petición, es el *vicio de la lujuria*.

Librada el alma del vicio de la lujuria, Dios le comunica un don del Espíritu Santo, llamado—El don de sabiduría,—porque el hombre, que posee este don, huye singularmente de la lujuria, de la cual conoce todos los malos efectos, y los dolores que causa, y la infamia de que cubre, y la ofensa que hace a Dios, y la condenación eterna que arrastra.

De este don, pues, de sabiduría nace la Bienaventuranza de la paz, porque el hombre que huye los pecados carnales, con facilidad mantiene la paz en sí propio, que depende de la observancia del orden debido, por el cual el espíritu se sujeta a Dios, y la carne al espíritu. Entonces todo es armonía en el hombre, y él reina pacíficamente en su corazón, y afectos, e inclinaciones: de lo que se sigue, que es pacífico en todos sus movimientos y operaciones tanto hacia sí propio, como con sus prójimos, de suerte que cual verdadero hijo de Dios conserva la paz con todos. Y este es el premio de aquella bienaventuranza, esto es, que son tenidos por hijos de Dios, los que así la poseen. Todo esto asegura el mismo N. S. Jesucristo en su Evangelio según S. Mateo, diciendo—

Bienaventurados los pacíficos,
serán llamados hijos de Dios.—

A cuya gloria nos conduzca por los méritos de su Santísima pasión, y por las peticiones de la oración, que El nos ha enseñado, ese mismo Hijo de Dios eterno, que vive y reina por los siglos de los siglos.— Así sea.

Deo gracias.—Amen.

